

Josep Oliver Alonso

El largo otoño que nos aguarda

El Periódico, 5 de septiembre de 2018.

Uno de los más negativos aspectos del tiempo que nos ha tocado vivir es **la confusión intelectual** en la que nos movemos. Convendrán que no es fácil tener un discurso racional, y razonable, sobre crisis tan diversas como [los coletazos del 'brexit'](#), las proclamas contra la inmigración de Salvini, el marcado sesgo anti-EU de Gobiernos como el austriaco o el húngaro o la deriva populista de Trump; por no hablar del auge de la ultraderecha en Francia, Holanda, Dinamarca, Grecia o Finlandia. O, aquí, sobre aspectos no menores del conflicto catalán-español. Parecería como si desde la recesión de 2008-13, nos encontráramos **huérfanos de discurso ante una ola de irracionalidad**. Y esa orfandad no es algo menor: desarma e impide ofrecer caminos alternativos.

¿Es posible una narrativa común de fenómenos tan aparentemente dispares? Ciertamente que, en cada país, las circunstancias son particulares, pero son similares sus raíces más profundas: el desencanto de sustanciales partes de la población por unas élites cuyo objetivo, en las últimas décadas, no ha sido otro que **absorber la máxima cantidad posible de renta**. Y la incapacidad de la izquierda para ofrecer alternativas, como ha evidenciado la socialdemocracia europea y sus colegas de EEUU tras la crisis más severa jamás vivida en occidente desde los años 30. Este fracaso es el reflejo postrero de **la deriva liberal y desreguladora de Bill Clinton y Tony Blair**.

Populistas de todos los pelajes

Como los humanos tenemos horror al vacío, si no hay respuestas en una parte se buscan en otro. Y los que las ofrecen, populistas de todos los pelajes, pescan en ese río revuelto, ofreciendo soluciones simples a problemas complejos. ¿Existen remedios? Haberlos, los hay, aunque es escasa la esperanza en que las élites occidentales **repiensen qué deberían hacer**.

Para comprender mejor lo que sucede, les recomiendo el último trabajo, recién publicado, de Robert Kuttner ('Can Democracy Survive Global Capitalism?'). En él pasa revisión a lo que considera **la edad de oro del capitalismo más igualitario**, la que se extiende desde la Gran Depresión y las reformas de Franklin Delano Roosevelt a los años 70 del pasado siglo. En su opinión, que parcialmente comparto, fueron situaciones excepcionales las que permitieron una redistribución insólita del ingreso que, además, favoreció el crecimiento. Y con él, el optimismo sobre el futuro de las sociedades europeas y americanas tan característico de aquellos años, en particular **en aquellos ciudadanos de ingresos bajos o medios**.

A su entender, la base de esa prosperidad y de la estabilidad financiera que se vivió aquellas décadas, radicaría en una rigurosa supervisión y regulación financiera, **con controles de capital y tipos de cambio fijos**, que dificultaban la especulación y permitían a los Gobiernos dotarse de políticas que favorecían la plena ocupación. Unas políticas que habían sido la reacción natural a los dramáticos resultados del 'laissez-faire' financiero anterior a la Primera Guerra Mundial, y cuya reinstalación tras la contienda explica en gran medida la **dureza de la Gran Depresión y el auge del fascismo**.

Liberalismo a ultranza

Pero, a medida que los recuerdos de la recesión mundial se disipaban, esa reacción se fue erosionando. Y, con su olvido, el liberalismo a ultranza retomó fuerzas, se afincó en

la academia y pasó a la ofensiva: regresaron las tesis de que **la mejor regulación es la que no existe** y, en lo tocante a flujos financieros, dejó de diferenciarse entre los que aumentan el capital productivo y los puramente especulativos. ¿Su herencia? La crisis de la última década.

¿Podríamos regresar a un capitalismo más regulado y más equitativo? Sería deseable. Su deterioro, y el predominio de las ideas ultraliberales y neoconservadoras, nos ha dejado un legado que da espanto: el fantasma de un populismo que amenaza con llevarse por delante, entre otros logros no menores, **el proyecto europeo o aspectos esenciales** de la propia democracia.

Tiempos duros los que nos toca vivir. Además, como la historia muestra, que sean malos no anticipa que puedan, o deban, mejorar. Más bien lo contrario. Mientras la dirigencia europea y americana no enarbole de nuevo la bandera de la redistribución, no hay proyecto político que pueda atraer a esos amplios sectores de población, preocupados por la pérdida de estabilidad laboral y de poder adquisitivo y, en particular, por **la amenaza que se cierne sobre el futuro de hijos y nietos**. Pasaron las vacaciones y llegó el otoño. Corto en lo climático, pero temo que muy prolongado en lo político, económico y social.